2.ª Epoca ||| Mayo de 1942 ||| Número 28

El Sembrador

SUPLEMENTO AL B. O. DE LA DIÓCESIS
BARCELONA

Bodas Episcopales

El 14 de Mayo de 1917, en la Capilla Sixtina del Vaticano, era consagrado un obispo. Oficiaba en la consagración el mismísimo Romano Pontífice, que por entonces se llamaba Benedicto XV. Y al consagrado le llamaban todos Monseñor Eugenio Pacelli.

Aquel día Jesucristo dió un nuevo pastor para sus ovejas, los fieles cristianos.

Pasaron los años, y al Papa Benedicto XV sucedía otro con el nombre de Pío XI.

Aquel obispo Mons. Pacelli, recorría los campos de Europa, siempre en busca de las almas. Guiando a las que estaban con Jesucristo. Atrayendo a las que andaban descarriadas.

Tenía trazas de ser excelente pastor; tenía un corazón muy grande y amaba a las ovejuelas de Cristo como un padre ama a sus hijos.

Por esto fué llamado otra vez a Roma, para que ayudara al Vicario de Jesucristo. Pero llegó una fecha, en la que el anciano pastor, Pío XI, entregó su alma a Dios. La Iglesia quedaba huérfana. Y Jesús le envió un nuevo Padre; fué aquel mismo consagrado por Benedicto XV, aquel que trabajó al lado de Pío XI, y que le conocemos con el nombre de Pío XII.

El mundo entero. los católicos de toda la tierra, vamos a celebrar sus Bodas de Plata episcopales.

¡Todos unidos a El, en apretada unión de corazones! ¡Todos a ser obedientes al Papa con sentida obediencia!

¡Todos suplicando a Jesucristo que bendiga a nuestro Pontífice!

El Señor le conserve y le guarde...

UNA INVITACION

Y bien honrosa por cierto. La hace a sus lectores "El Sembrador". Mejor dicho, la hace el Papa.

Desea el Vicario de Jesucristo que una y muchas veces en este mes pidamos a la Virgen la paz del mundo entero.

Porque hay muchos niños por esas naciones que no saben donde se encuentran sus padres, ni pueden acudir donde están los sacerdotes y los misioneros, y sufren muchas privaciones, y aumentan cada día los sacrificios. Todo por causa de la guerra.

Con que el Papa espera que los niños obtengáis la paz, con vuestras oraciones, de la que es Madre de Jesucristo, Madre nuestra y Madre también de esos niños abandonados.

Los lectores de "El Sembrador" miles y miles de niños españoles, darán ese consuelo al Padre Santo.

Y le decimos que nos sentimos orgullosos porque nos ha hecho tal invitación.

¡VIVA EL PAPA! IÑIGO

¡Oh alma santa, si te conocieras, como te estimaras! ¡Cuán inexplicable es tu dignidad y grandeza! (P. Nieremberg).

Como un buque sin piloto, corre a un cierto naufragio, y un ejército sin general es segura presa del enemigo, así se desharía la Iglesia, si faltara su Cabeza y la clave de su unidad.

(San Juan Crisóstomo).

"LA VICTORIA". - PLASENCIA

PERFUMES DE AZUCENA

Venid y vamos todos
con flores a María...
Así cantaban con exquisito gusto, durante el mes de Mayo, los niños de la escuela del célebre maestro de Tronet, D. Boni.

Después oíase clara y sonora la voz de Luisín, simpatiquísimo escolar y monaguillo de la Parroquia:

Venimos a ofrecerte
las flores de este suelo,
con cuanto amor y anhelo,
Señora tú lo ves.

Y los niños desfilaban depositando su manojo de flores ante la hermosa imagen de María que presidía la escuela...

Luego terminaba el Señor Maestro con su breve exhortación: "Que siempre tengáis flores de virtudes que depositar ante el altar de la Virgen". "Que vuestra vida sea pura y fragante como el perfume de la azucena, la flor más hermosa y que más quiere la Virgen".

"¡Yo quiero ser azucena para que me quiera mucho la Virgen", dijo nuestro simpático cantor!...

Han pasado los años...

Aquel simpático escolar, puro y hermoso como la azucena de los campos, es dechado de todos los seminaristas y perfuma el Seminario con su modestia y buen ejemplo.

Como en los años de su niñez sigue cantando coplas a la Virgen y parece que falta algo en las funciones si no se deja oir su voz, dulce y melodiosa como la de los ángeles.

CEFAS.

EL MEJOR OBSEQUIO A MARÍA

Simpática y atrayente es la figura de San Luis Gonzaga. Era la misma inocencia, el candor en persona. Su alma era pura y hermosa como la blanca azucena, como la luz del sol. Nunca la manchó con la fealdad del pecado.

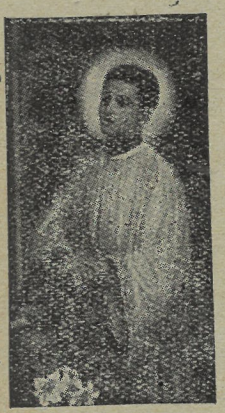
Y ¿a qué se debe que conservara siempre su alma inocente y pura?

A la grandísima devoción que tenía a la Santísima Virgen.

Cuando le hablaban de María, cuando pensaba en Ella o leía algún libro que tratara de sus glorias o virtudes, se sentía abrasado en amor a la Santísima Virgen.

Un día pensó San Luis: "¿Qué cosa podré hacer yo en honor de la Sma. Virgen?

Pensó... pensó... y entendió que lo que



más le gustaba a la Virgen es que sus hijos la imiten en su pureza y ofreció a la Sma. Virgen. ante un altar, su alma, su cuerpo y su corazón, haciendo voto de perpetua virginidad.

Tanto le gustó a la Sma. Virgen este voto, que Ella, como Madre cariñosa, le cubrió siempre con su manto azul y le hizo un gran santo, de alma tan pura como los ángeles.

Niños: ¿Queréis ser santos? ¿Queréis no cometer pecados? ¿Queréis ser siempre inocentes y puros? ¿Queréis ser como San Luis?

Sed devotos de María Santísima y amadla como San Luis la amaba.

El ideal de la vida sacerdotal: "ser el sol sobrenatural que ilumine la inteligencia de los hombres con la verdad de Cristo e inflame sus corazones en el amor de Cristo".

(Palabras de S. S. Pío XII a los seminaristas internacionales de Roma).

LOS SUEÑOS DE ANTOÑITO

Era Antoñito un niño de mediana estatura, rubio, juguetón y travieso como todos los chiquillos de su edad: contaba unos diez años.

Su mayor alegría la cifraba en ayudar la Santa Misa, dirigir en su casa el santo Rosario, vestir la sotana de monaguillo que bien cuidada tenía en la Iglesia, y tomar parte activa en todas las funciones parroquiales de culto.

Su Párroco estaba contentísimo de él; los demás niños siempre procuraban su compañía, porque sabía hablarles de cosas santas y les refería muchas cosas de su Amiguito Jesús.

Iba al Colegio todos los días, pasando por enfrente del Seminario, pero nunca se fijó en aquella Casa, ni supo de ella nada.

Pero un día..., cuando pasaba por delante, salieron tres niños de su edad, poco más o menos, vestidos de una sotana bien entallada y una faja azul celeste... Cuántos pensamientos se levantaron en la mente de Antoñito, mientras embelesado les contemplaba...

Preguntó y obtuvo la contestación: eran futuros Ministros del Señor, seminaristas que se preparaban ya de pequeños para ser sacerdotes.

Desde aquel día soñaba Antoñito cosas extraordinarias... Se veía celebrando la Santa Misa, pronunciando las palabras poderosas de la Consagración; se veía con Jesús en las manos y dándole a los demás; se veía predicando el Evangelio, enseñando el Catecismo, visitando a los enfermos, perdonando los pecados, rodeado de ángeles que le contemplaban, objeto de las complacencias de Dios... *¡Se veía sacerdote!*

Y marchó por fin al Seminario dispuesto a que aquellos sueños de cielo se convirtieran en una feliz realidad. Hoy es seminarista, como aquellos tres que viera al ir al Colegio. Pasarán los años y pronto será sacerdote.

LA IGLESIA CATÓLICA

En las orillas del Tiberiades.—La Iglesia, dice el catecismo, es la congregación de los fieles regida por Cristo y el Papa su Vicario.

Fué fundada por Jesucristo. "Tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi iglesia... Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas", dijo el Señor a San Pedro.

La Iglesia fué fundada para que por ella todos los hombres puedan hallar siempre los medios de su eterna salvación. Estos medios son las verdades de la fe, la gracia de los sacramentos, el perdón de los pecados y la Comunión de los Santos

La expresión de San Agustín.—La verdadera Iglesia de Jesucristo es la Iglesia Católica Romana, porque ella sola es una, santa, católica y apostólica.

La Iglesia *es una*, porque todos sus miembros tuvieron, tienen y tendrán siempre una misma fe, un mismo sacrificio y una misma Cabeza visible, el Romano Pontífice.

Es *santa*, porque todos sus miembros están llamados a santificarse y santo es Jesucristo, la cabeza, el Espíritu Santo, que es el alma; santa la doctrina, el sacrificio y los sacramentos.

Es *católica* porque está difundida por toda la tierra.

Y *apostólica* porque está fundada sobre los apóstoles y gobernada por sus sucesores legítimos los obispos, que sin alteración alguna siguen transmitiendo su doctrina y su poder.

Todo esto es la Iglesia de Roma. Por eso decía San Agustín: Habló Roma, ya no hay más que discutir.

Miembros de la Iglesia.—Somos todos los que estamos bautizados, creemos todas las verdades de la fe y obedecemos a los legítimos pastores.

¡Oh felicidad la nuestra! Ser miembros vivos de la iglesia... Ir seguros hacia las playas del Cielo en la Nave de Pedro...

Amemos la Iglesia, nuestra Madre. Amemos muy de veras a su Vicario, el Romano Pontífice.

ALEGRÍA EN EL SEMINARIO

Siempre disfrutamos los seminaristas de la verdadera alegría al sabernos moradores en la misma Casa de Jesús. Nosotros, que podremos un día dichosísimo estrechar en nuestras manos, ya ungidas para siempre, a Jesús, cómo pensar que podamos estar tristes o malhumorados... ¡No! ¡Eso nunca! Estamos muy alegres, muchísimo, y buena prueba dan de ello nuestras risas y nuestros juegos.

Que hasta el trabajo y la mortificación a que nos sometemos para prepararnos a ser dignos sacerdotes, son para nosotros motivo de alegría, porque sabemos que con ello atraemos nuevas caricias de Jesús y sus caricias son la fuente de la alegría.

Quien quiera saber lo que es vivir alegre y contento, pregúntelo a un seminarista, que él le dirá la verdad, sin engañarle, al contarle su vida.

VIDA DE TRABAJO

Santidad y ciencia son las dos cosas principales que deben conseguir los seminaristas. Y si lo primero lo procuran llevando una vida intensa de piedad, consiguen lo segundo con el esfuerzo y trabajo intelectual.

Los aspirantes al sacerdocio no sólo rezan, sino que también estudian, y estudian con actividad, en las horas señaladas para ello y atendiendo a las explicaciones de los catedráticos en las clases. Estudios y clases, los cuales intercalados con otros actos de piedad y recreación, absorven todas sus actividades.

El sacerdote, para el buen desempeño de su elevado ministerio, ha de poseer una cultura siquiera mediana en todas las ramas del saber humano y exquisita en las ciencias eclesiásticas. De ahí que durante los años de su carrera ha de estudiar multitud de asignaturas con esfuerzo y abnegación.

Pero esa vida de intenso trabajo y actividad en los estudios, a más de hacerse llevadera por los días de asueto y actos de diversión y descanso en que va intercalada, la viven los seminaristas con resignación y hasta con gozo y alegría animados por el sublime ideal a que aspiran.

RICARDO MARTÍNEZ

Alumno de 3.° de Latín.

San José en Montealegre

Hace muchos, muchísimos años, la cumbre de Montealegre no era más que un bosque cubierto de pinos y matorrales.

Un día pasaba por encima del monte la Virgen Nuestra Señora. Hacía su histórico viaje a Zaragoza.

Y al divisar esta cumbre sintió no sé qué atractivo por el pintoresco paisaje y bajó y puso sus virginales plantas en él.

Desde entonces Montealegre era un jardín de lirios y azucenas. Muchos días los ángeles bajaban a disfrutar la sombra de sus árboles y aspirar el aroma de sus flores, recreándose en la galanura de sus colores y en la explendidez de su follaje; y hasta un día... San José, el Santo que lleva una vara florida desde que amó a la Virgen, quiso acompañarles.

A El más que los colores y los perfumes de las flores, le atraía otra cosa. ¡Está San José tan enamorado de la Virgen!... Buscaba con afán las huellas que habían dejado los pies virginales de su castísima Esposa. Y los encontró como si pocos minutos antes hubiese pasado Ella por allí.

San José se inclinó y de rodillas besó aquellas amadas marcas... y luego se fué al cielo para contarlo a María.

Pasaron los años. Sobre las huellas de la celestial Reina se levantaron recios muros de un Convento. Las azucenas se convirtieron en esposas virginales de Cristo. Y en lugar de los ángeles, a Montealegre había bajado Jesucristo, el Rey de todos ellos.

Un día las blancas palomas volaron. Las azucenas se convirtieron en lirios morados de penitencia, blanqueados con el tosco sayal de San Bruno.

Y los siglos pasaron rodando sobre la esfera del mundo.

Un vendaval terrible hizo temblar hasta los cimientos de la Cartuja.

Pasó el huracán. Y a la sombra de Montealegre empezó a germinar un puñado de semillas sacerdotales.

El beso de San José en las huellas de la Virgen, había producido su fruto.